

CAPÍTULO IX.

Ferocidad en los sentimientos religiosos y extravagancias en las prácticas del culto.

§ 1º *Ferocidad.* El daño mayor de la ignorancia se reconoce en la destruccion de todo sentimiento religioso. La religion de Jesucristo manda considerar á los hombres como hermanos, y promete premios en razon del bien, como amenaza con castigos en razon del mal que se hagan recíprocamente; por esto la religion cristiana hallará secuaces sobre todos los puntos de la tierra, mientras queden en ella huellas de civilizacion.

La religion del ignorante tiende á la destruccion de los que no piensan como él. Se arma contra los pueblos y contra los reyes, y espera recompensas celestiales en razon de los individuos destruidos y de los tronos derribados (*). Sigamos á la historia.

(*) El famoso Juan Chatel intentó asesinar á Enrique IV, rey de Francia, porque habituado al pecado del onanismo, esperaba que este regicidio, que suponía útil á la Iglesia, haría reducir á cuatro los ocho grados de tormento á que podía condenarlo la venganza divina; tal fué su confesion. (Biografía universal, t. 8º) Con un segundo regicidio habria saldado enteramente la partida de la pena que le era debida; y con un tercero se habria abierto las puertas del cielo; hé aquí la lógica de la ignorancia.

En la época de la mayor ignorancia en Europa, se encendió y propagó por dos siglos la guerra de las cruzadas. Los hombres, las mugeres, los niños se enrolaron para ir á la conquista de la Tierra-Santa: dos millones por lo menos desaparecieron de la Europa; las ciudades y los castillos se volvieron desiertos, y por do quiera se veian viudas de maridos que vivian.

Las poblaciones, porque eran *infelicitimas*, concibieron esperanzas de mejora con la conquista; porque eran *corrompidisimas*, la miraron como un medio necesario para sustraerse de la ira del cielo; porque eran *vengativas*, se lisonjearon de complacer al Sér supremo en razon de los males que hicieran á los musulmanes; y porque eran *ignorantisimas*, creyeron cercano el fin del mundo, y por ello la muerte en la guerra no les presentó eventualidades funestas. A mas de esto los deudores, tan numerosos en tiempo de general miseria, y próximos á caer en la mas dura esclavitud, enrolándose para la Tierra-Santa, se vieron libres de las vejaciones reales y personales de sus acreedores.

Cualesquiera que hayan sido los motivos de tan general conmocion, son ciertos los resultados siguientes: 1º se cometieron delitos por la esperanza de prometidas absoluciones: 2º el espíritu aventurero reemplazó al amor del trabajo, y los desórdenes militares á las habitudes domésticas: 3º la traslocacion de tantas personas, anuló la influencia de

las opiniones locales, freno tan poderoso para el delito: 4º los cruzados comenzaron á ejecutar horribles carnicerías en Europa contra los judíos para adiestrarse y ejecutar mayores en Asia contra los musulmanes: 5º fué mirada como legítima la guerra por causa de opiniones; y por ello, despues de verterse la sangre musulmana, el fanático no tuvo horror á derramar la del cristiano.

Del siglo XIII al XVIII fueron presos, torturados, quemados, quiénes vivos, y quiénes en efigie, miles y miles de personas por acusaciones de mágia, heregía, brujería, incredulidad, y otros títulos todavía mas vagos.

Aprovecháronse de aquel espíritu anti-cristiano y de aquella confusion de ideas las pasiones maléficás; y de aquí fué que los acreedores se presentaron como hereges y bastaron para convencerlos de tales las deposiciones de sus deudores. El propietario de una hermosa heredad fué declarado incrédulo, porque los colindantes querian dividirse su propiedad: el padre de una bella jóven fué sospechado de mágia, y en consecuencia era preciso fiar la custodia de ésta á otras mejores manos; la muger acusó al marido, de quien queria sustraerse; el marido atestiguó contra la muger, de quien estaba sociado hasta el fastidio.

Quien pedía á Nuestro Señor en lengua vulgar, ó leyendo la Santa Escritura vulgarizada, la entendía, como entendian los judíos las palabras de Je-

sucristo, era un herege, y se le quemaba en España, Francia é Inglaterra.

Los que muriendo no dejaban algunos bienes á los conventos de frailes con perjuicio de sus herederos, debian ser cismáticos y privados de sepultura.

Se hicieron sospechosos de heregía hasta los que, en vez de ferocidad, usaban de moderacion contra las poblaciones declaradas heréticas (*).

Las acusaciones eran tanto mas frecuentes, cuanto era mas vaga la nocion del delito y mas especioso el pretesto; y en todos tiempos es siempre mas fácil aplicar á una persona un nombre odioso, que probar los hechos.

Así es que del siglo XIII al XVIII todas las páginas de la historia están teñidas de sangre humana. Mientras el Evangelio intima á los pueblos á amarse mutuamente, la ignorancia los induce á degollarse entre sí por opiniones. En medio de esas tinieblas, el lector no ve sino hogueras alzadas por el fanatismo, no oye sino los gemidos de las vícti-

(*) Saint Foix dice, hablando de Francisco de la Jugie: "Él fué siempre buen católico; no obstante, los frailes trataban de proclamarlo como fautor de los hereges, porque no habia ejecutado las órdenes recibidas para destrozár á los hugonotes en Narbona, y porque se decia que cuando habia tomado una ciudad calvinista, habia enfrenado, hasta donde le era posible, el furor de los soldados."—D'Aubigné refiere, "que el hermano del baron de Mouvens, fué despedazado con algunos otros hugonotes en la pequeña ciudad de Draguignan en Provenza; que le fué arrancado el corazon, echado á los perros, y que éstos, porque no lo comieron, fueron aporreados como hereges."

mas sacrificadas por la superstición. Católicos, paganos, judíos, protestantes, todos quieren destruir á su enemigo para probar que su religion es la mejor. Calvino, despues de haber declamado contra la intolerancia de los católicos, hizo quemar públicamente á Serveto en Ginebra; así fué que ninguno pudo ya dudar de la bondad de su causa.

Hasta muy tarde echaron de ver los príncipes que condenando á muerte á los que eran acusados de heregía, aguzaban los puñales contra ellos mismos. En efecto, los descontentos, los ambiciosos, queriendo crear odios contra los príncipes, les aplicaron con razon ó sin ella la tacha de heregía, y lograron armar á los fanáticos contra sus personas; decimos con razon ó sin ella, porque fueron muertos varios príncipes católicos por sus mismos coreligionarios, é ilustres protestantes por sus mismos sectarios (*).

Véase una muestra de regicidios intentados ó realizados por simples opiniones religiosas: en 1563, Pol-

(*) Antes de presentar los hechos particulares, puede indicarse en general, que la *decantada religion de nuestros mayores se asoció muchas veces con el regicidio*, al menos en Francia: hé aquí una anécdota curiosa referida por Saint Foix: "En la iglesia metropolitana de San Andrés, en Burdeos, el 18 de Octubre de 1715, en los esponsales de madama Isabel de Francia y de D. Felipe, príncipe de España, representado por el Duque de Guisa, el altar y el cardenal de Gondi fueron incensados, y *no el rey*, habiendo hecho observar los capellanes de S. M. que otras veces *habian sido envenenados los reyes por medio del incienso, y que donde se halla el rey no se debe incensar ni aun el altar.*"

trot, caballero protestante, asesinó al Duque de Guisa, católico; fué ateneado con tenazas ardiendo.

1581. El padre Campian, célebre jesuita inglés, formó una conjuración contra Isabel, reina protestante de Inglaterra: fué colgado.

1584. Parry, católico, intentó matar á la misma reina: descubierto por un pariente suyo, fué condenado al último suplicio.

1585. Baltazar Gerard, católico, mató al creador de la república de Holanda, el príncipe de Orange, protestante; fué descuartizado.

1587. Juan Guedon, abogado de Angers, fué colgado y quemado por haber salido de su patria con objeto de matar á Enrique III, rey de Francia, católico. Enrique III habia contribuido á la ejecución de la conocida matanza de protestantes franceses acaecida el dia de San Bartolomé; no obstante todavía no estaba contento el fanatismo y le echaba en cara que no derramase mas sangre.

1589. Santiago Clemente, sacerdote dominicano, libertino y fanático, mató al referido Enrique III; fué matado por las guardias y luego quemado.

Este Santiago fué honrado como santo en Paris: sus imágenes fueron colocadas sobre los altares: ¡á tanto extremo puede llegar la ceguedad del fanatismo!

1594. Juan Chatel, que habia hecho sus estudios con los jesuitas, tiró una puñalada contra el mejor de los reyes, Enrique IV el Católico; mas no llegó

á herirlo sino en el lábio superior y á romperle un diente; fué atenaceado, arrastrado á la cola de un caballo, quemado y dispersadas al viento sus cenizas.

1605. Un puñado de rebeldes dirigidos por el padre Garnet, superior de los jesuitas, con la muy conocida *conspiración de las pólvoras*, trató de asesinar á Jacobo I, rey de Inglaterra, á toda la familia real y á los pares del reino: descubierta á tiempo la conspiración, fué disipada.

1610. Se asegura que cincuenta conspiraciones fueron urdidas contra Enrique IV, porque no se encruelecía contra los protestantes. Dos dominicanos de Flandes y un hermano lego de los capuchinos de Milan, se habian trasladado á Francia para matar á Enrique: por fortuna de éste encontraron allí su muerte.

Francisco Ravailac, que habia sido fraile en Paris, y echado como visionario, fanático, plebeyo y miserable, logró finalmente asesinar á Enrique en el dicho año, y sufrió la misma pena que Chatel.

1757. Francisco Roberto Damiens, otro fanático plebeyo, hirió con un cuchillo, aunque ligeramente, á Luis XV, rey de Francia, cuando se hallaban exaltados los espíritus de aquella nación por las disputas entre molinistas y jansenistas. Este malvado fué castigado como Chatel y Ravailac.

En suma, la mácsima anticristiana de que es lícito matar á un herege, aunque sea rey, era casi co-

mun antiguamente; pero con particularidad en los siglos XVI y XVII.—Y como en dichas épocas, ó no ecsistian diarios ó era muy reducido su número y la imprenta estaba muy restringida, se nota por esto que el fanatismo no necesita de estos medios para llegar al mayor grado de ferocidad.

Al contrario, parece que el secreto dá mas vigor al fanatismo, como la compresion dá mas fuerza á los vapores; de lo cual es irrefragable prueba las conocidas *Vísperas sicilianas*. Puede decirse que las vanas burlas hacen perder de fuerza al fanatismo, como los pararrayos de Franklin hacen perder de electricidad á las nubes; por esto son tan terribles los caracteres silenciosos y profundos, y no lo son los vocingleros.

Si la indicada mácsima anticristiana es actualmente abominada en todos los países civilizados; si entre todas las pasiones que pueden temer los príncipes, gobernantes y pueblos, se ha destruido la mas feroz; este mérito es debido, al menos en parte, á la filosofía, que difundiendo los derechos de la tolerancia, ha despedazado los puñales del fanatismo religioso.

A esta causa es menester agregar la acción de la ley general, recordada muchas veces, á saber, que *creciendo el número de las afecciones, decrece su intensidad*. En nuestros tiempos ha cesado la ferocidad que alteraba el sentimiento religioso por las mismas razones, porque bajo el pulimento desapa-

rece la herrumbre de los metales; por las mismas en cuya virtud cesaron los odios que separaban á las familias y se trasmitian de padres en hijos; y por las mismas que han influido en disminuir la intensidad de la amistad y tantas otras afecciones de que se ha hablado en los capítulos antecedentes.

Era necesario recordar la accion de la indicada ley general, porque la calumnia ha querido atribuir á la filosofía la idea de destruir el sentimiento religioso, olvidando que cuando Descartes presentó al público una nueva prueba de la ecsistencia de Dios, el protestante Boezio lo declaró ateo; olvidando que cuando una parte del orbe cristiano se separó de la Iglesia romana, la revolucion fué hecha *por miserables teólogos que creían en brujas y duendes*, y en siglos en que *el pueblo no sabía leer*. Esto demuestra en buena lógica la necesidad de recurrir á otras causas, y estas se encuentran, por ejemplo, en los gemidos de tantas víctimas sacrificadas por el fanatismo, gemidos que resuenan en el ánimo de los pueblos mas ignorantes, y en tantos delitos cometidos á nombre de la religion, que los condena y que reconoce el simple sentido comun. En suma, Fnelon hacia amar la religion: Ravailiac, Juan Chatel, Santiago Clemente y la Inquisicion, la habrian hecho detestar, si esto fuera posible.

§ 2º *Prácticas escandalosas.* Infinitas son las indecentes y escandalosas costumbres que la ignorancia llegó á ingerir sobre las venerandas ceremo-

nias del culto, y que únicamente cedieron á los progresos de la civilizacion; pues que por muchos siglos se conservaron á pesar de las homilias de los obispos, de los decretos de los concilios, de las excomuniones de los pontífices, y de las leyes de los soberanos.

“Memorable será por siempre la fiesta llamada *de los locos*, celebrada por muchos siglos en casi toda la Europa, donde las mas ridículas representaciones se mezclaban á ceremonias tan licenciosas, que serian enteramente increíbles si no fuesen atestiguadas por un gran número de escritores sabios y acreditados. En las iglesias catedrales se escogia cada año el que debía presidir á la fiesta con el titulo de *arzobispo de los locos*, y en algun otro lugar se le confería el de *papa*. La consagracion se hacia con fórmulas las mas ridículas. El electo se ponía las insignias propias del personaje que representaba, y se veía al venerable corifeo bendecir públicamente al pueblo, ora con mitra en la cabeza y la cruz delante, ora con la tiara. El dia en que se presentaba al público por primera vez, su limosnero confería á los presentes la indulgencia á nombre de su amo, pronunciando en tono grave y serio ciertos versos, cuyo sentido era el siguiente: *De parte del señor arzobispo os digo, que Dios os mande á todos un gran mal de hígado con una cesta llena de perdones y dos dedos de roña bajo la barba.* La

“rúbrica del segundo día era esta: *El señor arzo-*
 “*bispo, que presente está, os dá veinte cestas lle-*
 “*nas de dolores de muelas, y añade á las otras*
 “*gracias ya hechas una cola de bestia muerta.*
 “Un tal pontífice debía tener á su lado ministros
 “que se le parecieran, y estos eran los sacerdotes
 “de la misma iglesia. En los días que duraba la
 “fiesta (á saber desde Navidad á la Epifanía) todos
 “asistían en traje de máscara ó de comedia. Al-
 “gunos se vestían de pantomima, otros de muge-
 “res, y muchos se ensuciaban la cara con varias in-
 “mundicias para provocar la risa ó causar espanto
 “á los espectadores. No contentos con cantar en
 “el coro poesías deshonestas en vez de salmos, se
 “entretienen en jugar á los dados sobre el altar, en
 “comer y beber cerca del sacerdote que celebraba
 “la misa, en poner suciedades en los incensarios;
 “para incensar al pueblo con tan olorosas esencias.
 “Terminados los oficios divinos, corrían por el tem-
 “plo como insensatos, ó se ponían á saltar y bailar
 “con tal impudencia, que algunos se quedaban en
 “cueros á presencia de todos. A veces los secula-
 “res se mezclaban entre el clero para tener también
 “el honor de representar algún personage en la co-
 “media. La farsa por lo comun se recitaba en el
 “átrio ó cementerio de la iglesia. Allí se tusaban
 “los cabellos, y se rapaba la barba al sacerdote que
 “más se hubiese distinguido en la fiesta. Lo de-
 “mas consistía en diálogos llenos de groseras é in-

“súpidas torpezas. Un escándalo tan enorme duró
 “mas de ochocientos años en Francia, en España,
 “en Inglaterra, en Alemania é Italia, y estuvo en
 “boga hasta en los monasterios de frailes y monjas.
 “Y lo que causaría estupor (si alguna cosa deba
 “causarlo á quien conoce la naturaleza del hombre
 “y la debilidad inconcebible de sus facultades), es
 “que locuras tan extravagantes parecían á los ojos
 “de aquella gente tan conformes al espíritu del
 “cristianismo, que cualquiera que osaba vituperar-
 “las, era tenido por herege y digno de escomu-
 “nion (*).”

En la *fiesta del asno*, una doncella ricamente
 vestida y teniendo un niño entre los brazos, cabal-
 gaba sobre un asno soberbiamente enjaezado, que
 era guiado en procesion hasta el altar. Allí con
 aparato solemne se celebraba misa mayor, y el ani-
 mal estaba enseñado á doblar las rodillas en ciertos
 momentos. Cantábase en su honor un himno tan
 impío como pueril; y terminada la funcion, el sa-
 cerdote, en vez del *ite missa est*, con que es despe-
 dido el pueblo, se ponía á rebuznar por tres veces:
 los fieles presentes en lugar de responder segun la
 costumbre, *Deo gratias*, también rebuznaban las
 mismas veces.

La desnudez parecia un elemento casi necesario
 en las procesiones nocturnas y diurnas de que eran
 tan ávidos nuestros mayores; así es que no solo ni-

(*) Arteaga. *Revoluciones del Teatro musical de Italia.*

ños, como se veían todavía en fines del siglo pasado, "sino jóvenes desnudos representaban las per-
"sonas de San Juan Bautista, y aun las jóvenes se
"veían al descubierto, ora en figura de sirenas can-
"tando y bailando, ora de Magdalenas y de Marías
"Egipcíacas penitentes, con escasísima ropa (*)."

Las procesiones de los flagelantes, que comenza-
ron despues del año 1200 y continuaron por tres si-
glos, eran compuestas de hombres medio desnud-
dos (†).

Con semejantes farsas quedaba sofocado el senti-
miento religioso, como lo queda el buen grano por
las yerbas parásitas. En vez de concentrarse los
ánimos en la contemplacion de los premios conce-
didos á la virtud y en las penas con que es conmi-
nado el delito, se divagaban entre imágenes bufas,
ridículas y escandalosas; y hé aquí la razon de que
en medio de las frecuentes ceremonias eclesiásticas
fuese tan grande la corrupcion de costumbres, pre-

(*) Sainte Foix, tomo 3º

(†) "Ciudades enteras, movidas de sus asientos, se visitaban
"una á la otra, yendo los pueblos ceñidos de un saco y cilicio,
"armados de ásperos azotes, y medio desnudos; á su cabeza, y
"descalzos de piés, se veían obispos y nobles, fuesen espontá-
"neamente ó no, y por delante el estandarte público y la cruz.
"Desde mas de veinte millas vinieron los boloñeses á Módena,
"despues de haber sido visitados por los de Immola. A poco
"pasó Módena á Reggio con sus flagelantes, y juntos con los
"de esta ciudad fueron á Parma, y así anduvieron casi toda la
"Italia. Los torrianos en Milan no quisieron aquella visita, y
"para amenazarlos hicieron plantar 600 horcas, con lo cual no
"hubo necesidad de mas.

cisamente como en la abundancia de los cumpli-
mientos suele ser mayor la renuencia á servir (*).
Obsérvese en efecto que los feudatarios, que eran
calificados de muy feroces, corrompidísimos y ase-
sinos de profesion, todos tenían una capilla oficia-
da por muchos sacerdotes, de la cual ciertamente
no se podia argüir que su dueño fuera muy ínte-
gro, como no se puede argüir de las buenas libre-
rías que sean doctos los que las poseen; es una ne-
cesidad de vanidad y conveniencia, y nada mas.

(*) Una simple tintura de historia basta para saber que nues-
tros mayores aguardaban á sus enemigos en los templos y los
degollaban delante del altar; que eran frecuentes é insufribles
los robos que á mano armada se cometían en las iglesias; que
las acciones piadosas habian degenerado en abusos perniciosos;
que las fiestas á las imágenes, espuestas en las calles públicas,
se profanaban con tumultos, desórdenes y licencias escandalo-
sas; que se insultaba al pudor de las mugeres honestas que por
allí pasaban; que se abría un teatro de disolucion en el mismo
lugar en que se debían honrar los santos; que las procesiones no
eran alimento á la devocion, sino á la curiosidad, al enamora-
miento y á la corrupcion de costumbres. Un funcionario ilus-
trado, y cuyo nombre no es de omitirse aquí, D. Francisco Pa-
goaga, fué el primero que en México quitó de algunos lugares
públicos las ocasiones de irreverencia, con la demolicion de al-
gunas capillas, que eran la guarida de malhechores y el abrigo
de la prostitucion, así como con la remocion de algunas imáge-
nes de los portales. Resta todavía algo que reformar de esto;
y el juicioso Prelado que hoy gobierna la Iglesia mexicana, es
de esperar que haga triunfar la respetabilidad del culto, de las
preocupaciones vulgares, para estirpar completamente esas pro-
fanaciones de las imágenes en las calles, y esas fiestas que son
un fomes constante del vicio y corrupcion.